

Las traducciones técnicas inglés-español hasta el siglo XIX

Petra Diaz Prieto

Actualmente la mayoría de nosotros sufrimos o disfrutamos de una invasión tecnológica, que no es de exclusiva utilización de un grupo en una determinada edad, ni de una situación económica y social, sino que abarca toda la población. Desde los niños con sus juegos electrónicos a los adultos con los electrodomésticos, ordenadores o un simple reloj.

Así, en una sociedad en la que la tecnología va ganando terreno día a día, no sólo en la industria, sino también, en la vida cotidiana, el intercambio de información a distintos niveles y formas se hace necesario, ya que cualquier persona que necesite utilizar estos modernos aparatos tienen que descifrar palabras como *on*, *off*, *code*, *time*, etc. o simplemente *Mon. Tu. Th. or Sa.* para saber que día de la semana es el que marca esos maravillosos relojes de cuarzo. Y más aún un científico preocupado por los problemas técnicos no puede limitar su interés a su lengua nativa y permanecer aislado. La ciencia sólo puede desarrollarse a través de una constante creación e intercambio de información.

Idealmente un científico moderno debería ser un poliglota lo suficientemente hábil para poder leer trabajos sobre su materia en varias lenguas, como Savory apunta "...*Although a scientist is seldom hailed as a scholar, he is always supposed to be able to read the latest work on his own speciality, whether it has been published in French or German, Norwegian or Russian..*"(1). Sin embargo, no todos los interesados en las distintas ramas de la

ciencia y la técnica han tenido o tienen los conocimientos lingüísticos necesarios para poder leer en la lengua original cualquier trabajo que sobre ella se haya realizado. La necesidad de libros científicos en la lengua del lector han hecho de la traducción una actividad fundamental en nuestra sociedad: *"no creo que haya nadie tan animal, tan rudo y tan obtuso que no desee entender en su lengua materna los libros escritos primero en una lengua extranjera, a fin de no parecer un completo ignorante..."*(2).

En los últimos veinticinco años, aproximadamente, la actividad traductora se ha visto incrementada debido al considerable avance producido en los descubrimientos científicos y tecnológicos, y a la existencia de grandes organizaciones multinacionales como la *FAO*, la *OMS*, o la *CEE*, que han impulsado notablemente esta necesidad de intercomunicación lingüística. Actividad que ha dado lugar a que, nunca hasta ahora, haya existido tal acumulación de material transmitido de una lengua a otra, especialmente material técnico. Este hecho fue previsto por Cadalso en sus *Cartas Marruecas*, cuando afirma: *"...lo que más ha unido a los sabios europeos de diferentes países es el número de traducciones de unas lenguas a otras..."*.

El hecho de que el Inglés sea la lengua más traducida en nuestro país, se debe a que la mayor proporción de información científica y tecnológica se halla publicada en esa lengua, bien por países anglófonos como Estados Unidos o Gran Bretaña o por países que prefieren presentar sus trabajos en una lengua más importante (3) que la suya o más extendida (4). A esto hay que añadir, que cualquier publicación o revista impresa en una de las lenguas menos familiares suele ir acompañada por un sumario en inglés y otro en francés o alemán.

Este apogeo que actualmente está experimentando la traducción del inglés al español no es historia, sino el presente que todos estamos viviendo y que dejo para futuros estudiosos, los cuales tendrán un trabajo muy superior al que yo he realizado para poder documentar todas las traducciones que actualmente se llevan a cabo. Ateniéndome al título de estas Jornadas Nacionales de Historia de la Traducción, voy a hablar del pasado, de lo que ya es historia, de cuando las Islas (5) no parecían tener mucho que ofrecernos en el terreno científico (las traducciones científico-técnicas siempre y en todo lugar se han hecho

con propósitos puramente utilitarios), y la situación era casi el anverso de la que ahora vivimos.

Son los siglos XVIII, XIX y XX los únicos que dispònen de una historia en esta parcela, pues no tenemos ningún testimonio escrito de que la actividad traductora del inglés al español de textos científicos se realizara antes del siglo de las luces. Pero, nada deriva de la nada, sino que cada elemento nuevo está perfectamente enlazado con otro anterior, y a pesar de la manifiesta enemistad, las relaciones hispano-británicas fueron durante los dos siglos anteriores al XVIII muy intensas en un ir y venir comercial, diplomático, naviero o militar que requería de traductores e intérpretes ocasionales.

Existen testimonios escritos de traducciones realizadas del español al inglés de libros de medicina y ciencias naturales y tratados geográficos y de navegación como prueban las dos ediciones inglesas que se hicieron del tratado científico de navegación de Pedro Medina, *Arte de Navegar*, en 1545. Nosotros, como ya he dicho tendremos que esperar hasta la segunda mitad del siglo ilustrado para encontrar textos científicos que procedentes del inglés fueran vertidos al español. Bien es verdad que la presencia de tantos comerciantes, princesas y eruditos dio sus frutos mucho antes del siglo XVIII, pero el interés que se sentía era exclusivamente literario ampliándose luego al comercial.

Mil setecientos sesenta y ocho fue el año en que por primera vez se imprimió en España un libro científico directamente traducido del Inglés. Es la obra del doctor Donald Monro, médico de ejercito de su majestad britanica y del hospital de San Jorge: *Ensayo sobre el método de conservar la salud de los soldados en campaña y de dirigir los hospitales militares*. Fue traducido al castellano por el doctor don Rafael Elerker, natural del ducado de York, y don Manuel Fernández Barea, natural de Málaga. Impreso por orden superior en Madrid en la imprenta de Pedro Marín, y otra edición en Málaga por Franciso Martínez de Aguilar.

El siguiente volumen salió en 1771 de la imprenta madrileña de Blas San Román, y lleva el título de *Observaciones sobre las ventajas y desventajas de la fauna y la Gran Bretaña en orden al comercio, la agricultura y demás recursos de la soberanía de los estados*, (6) escrito por John Nickolls y traducido al castellano por Domingo Marcolaeta.

Hay personas que pueden pensar que las traducciones del inglés al español se iniciaron en fechas anteriores a la ya mencionada de 1768; pero sólo en apariencia ya que no podemos tener en cuenta la traducción castellana que hiciera Don Santiago García Tejerizo, socio profesor de la Real Sociedad Vascongada y médico de los Reales Hospitales y de la Real Inclusa, en 1749 del libro del célebre Benjamín Bell, miembro de los Reales Colegios de Cirujanos de Irlanda y Edimburgo, cirujano de la Real Sociedad de Edimburgo, *Tratado de las úlceras y las llagas*, porque no fue realizada directamente del inglés, sino de una versión previa del francés (7), hecho bastante corriente en esta época como el profesor Santoyo apunta:... *hasta la fecha límite de este trabajo, año de 1800, tales versiones inglés-francés-español no sólo fueron mucho más numerosas, (sino lo que es peor) cualitativamente más importantes, ya que hasta esa fecha (y también después de ella, evidentemente) casi todas las obras inglesas de literatura, ciencia y pensamiento que llegaron a este país lo hicieron después de pasar las aduanas francesas...hay versiones sumamente engañosas, que han disfrazado con cuidado su deuda del francés, que sólo sale a la luz mediante detallados cotejos textuales....* (8). Tampoco puede considerarse la traducción de la obra de Samuel Sharp, *Crítica synopsis de la cirugía y compendio práctico manual de sus operaciones*, realizada en 1753 por Andrés García Vázquez en Madrid para la Oficina del Mercurio que, en este caso, es de una versión portuguesa, debida a la pluma de Jacobo Castro Sarmiento.

Tuvieron que pasar cuatro años antes de que aparecieran las siguientes traducciones. Una realizada por don Casimiro Gómez Ortega, profesor del Real Jardín Bótanico, en Madrid de la obra del conde Gustavo Adolfo Gyllemborg: *Elementos naturales y chymicos de agricultura*, impresa por don Miguel Escribano. La otra del libro de Enrique Horne: *Essays Concerning Iron and Steel*, traducido por Antonio Smith bajo el título de *Tratado del hierro y acero, con observaciones prácticas*, editándose en Madrid por Pedro Marín, de cuya imprenta salieron, también, al menos, otras dos traducciones: una vertida directamente del inglés en 1779 por Miguel Jerónimo Suárez de la obra del Dr Home: *Ensayo sobre el blanqueo de los lienzos según se practica en Irlanda, Escocia y Holanda*. Y la otra es una obra que tiene como lengua intermedia el francés (9).

Las traducciones científico-técnicas cuentan con tres características que normalmente se cumplen en estas primeras traducciones. En primer término, sólo se hacen traducciones científico-técnicas por la intrínseca importancia del trabajo original. Importancia que está limitada al tema tratado y así sucede con el discurso leído en la Real Sociedad de Londres, el 29 de Junio de 1786, por el reverendo Nevil Maskelyne, doctor en teología, miembro de la Real Sociedad y Astrónomo oficial, bajo el título de *Aviso de la vuelta del cometa que se vió en los años 1532 y 1661 y se espera en el 1788*. Esta obra se mandó traducir al castellano, en 1787, por orden superior con el fin de tener información sobre lo que depararía la llegada del Gran Cometa, pues se consideraba, e incluso hoy en día se considera, a los cometas como presagios de cambios no deseados, de infortunios y de males. En esta traducción también se cumple otra de las características de la traducción técnica: el tiempo transcurrido entre la lectura del discurso y su traducción es de poco menos de un año, y las traducciones científicas, normalmente, están hechas sobre textos de publicación reciente y para ser leídos de inmediato. No siempre es así, como sucede con *Investigación de la naturaleza y causa de la riqueza de las naciones* del economista y filósofo inglés, profesor de lógica en la Universidad de Glasgow, Adam Smith. Libro que le sirvió para que se le considere como el fundador de la economía como ciencia, y que, sin embargo, aunque fue escrito en 1776, no llegará a traducirse al español hasta 1794, cuatro años después de la muerte de autor, siendo el licenciado Josef Alonso Ortiz el encargado de tal tarea, en Valladolid en la Oficina de la Viuda é Hijo de Santander.

Y la última característica es que al contrario de lo que sucede con los textos literarios que pueden tener dos o más versiones, es muy raro que aparezca más de una versión traducida de un texto científico-técnico. Si ésto lo unimos a que nos estamos refiriendo a una época no muy prolífera en traducciones de textos procedentes del inglés, el encontrar una obra vertida dos veces a nuestra lengua nos puede parecer aún mucho más raro. Así sucede con la obra de Thomas Skeete que se tradujo en Madrid en 1779 para la Imprenta Real bajo el título de *Experimentos y observaciones sobre la quina encantada y soxa*, y que veinte años más tarde fue de nuevo vertido al español por Don Juan

de Navas, cirujano de cámara honorario de S.M., ayudante consultor honorario del cirujano mayor de la Real Armada, catedrático de materia médica, bibliotecario y vice-rector del Real Colegio de Cirugía de San Carlos de Madrid, con el título de *Experimentos y observaciones sobre la quinina encanutada y roxa. Comprensivos de algunos efectos notables, que proceden de la acción mutua de la quinina común con la leche de la tierra*, realizada en Madrid en la Imprenta Real por don Pedro Julian Pereyra, impresor de cámara de S.M.

Si extraño nos puede parecer el hecho anteriormente mencionado, más inexplicable nos resultará el que aparezcan tres versiones. Dos hechas el mismo año, del libro de William Buchan, M.D. del Real Colegio Médico de Edimburgo: *Medicina doméstica o tratado completo sobre los medios de conservar la salud, prevenir y curar enfermedades por el régimen y remedios simples*, traducido, una vez, en 1785 por Pedro Sinnot, presbítero irlandés, capellán intérprete de lenguas, confesor de extranjeros en la Corte de Madrid y ex-rector del Real Colegio de Irlandeses de Salamanca, editándose en Madrid en la imprenta de Andrés Ramírez. Y la otra por el coronel Antonio de Alcedo, capitán de Reales Guardias Españolas, realizada en Madrid para la imprenta de don Antonio de Sancha. Obra que volvió a traducirse en 1789, en Madrid para la imprenta de Ramón Ruiz, por el ya mencionado Antonio de Alcedo en colaboración con Bejarano.

Este siglo de iniciación a la traducción científica del inglés al español se completa con siete traducciones más: cuatro textos de medicina, un tratado de oftalmología, otro de agricultura, concretamente de abonos, y finalmente uno sobre el uso del termómetro en la navegación.

Durante el siglo XIX esta actividad traductora continuó, siendo bastante más fructífera en la segunda mitad del siglo. Se contabilizan un total de treinta y dos obras vertidas directamente (10), siendo la medicina y todo lo relacionado con esta ciencia lo que parece ser nos interesaba más, con catorce traducciones, seguido por todo lo relacionado con la navegación, astronomía y geografía con un total de diez textos. Las ocho restantes se reparten entre ingeniería en general (4), metalurgia (2), química (1) y veterinaria (1).

El siglo se inicia con la obra de John Brown: *Elementos de medicina*, traducida del latín al inglés y de éste al castellano

por don Joaquín Serrano Manzano, físico, secretario perpetuo del Real Colegio de Medicina de Madrid, y del Real Colegio de la Facultad reunida de San Carlos. Se imprimió en Madrid en la Imprenta Real por don Pedro Julian Pereyra, impresor de cámara de S.M..

Juan Nepomuceno de Vizcarrondo fue el traductor más activo de esta época, con una preferencia clara por los textos de astronomía y navegación, realizando cinco versiones de 1846 a 1857 para la Revista Médica de Cadiz. Sigue en producción José Pla, que, a finales de siglo, tradujo los dos libros de T. O'Conner Sloane *Diccionario práctico de la electricidad y Cómo se forma un buen electricista*.

En resumen, aunque la situación durante estos dos siglos no fue muy rica, que digamos, sin embargo no se puede quitar su mérito a estos traductores que fueron los auténticos pioneros y a los que los investigadores actuales deben estar agradecidos por haber iniciado una actividad de la que, ahora más que nunca, tienen tanta necesidad. Como Edmon Cary escribía en 1956: *En el mundo moderno el sabio, el técnico, el hombre de estado no se realiza sino a través de diez, de veinte traductores. Con el siglo XX llegamos al umbral de una nueva era: la era por excelencia de la traducción...*(11)

Notas

- (1) Savory, Theodore, *The Art of Translation*. London, Jonathan Cape. Paperback, 1957, p.157.
- (2) Beunelt, H.S., *English Books and Readers 1558-1603*. Cambridge, Cambridge University Press, 1965, p.93.
- (3) De los aproximadamente 5.000 idiomas existentes, se puede afirmar sin miedo que el inglés es el más importante. El criterio objetivo para tan tajante afirmación se basa en el número de hablantes nativos de la lengua, el grado de extensión geográfica, su uso en la cultura y tecnología y su respaldo político y económico.

- (4) Si bien el chino aventaja enormemente al inglés como lengua materna, los 360 millones de hablantes nativos de este último se encuentran en todos los continentes y más de 250 millones lo utilizan como segundo idioma. Es la lengua nacional de 45 países y tiene categoría de oficial en otros 19. Es idioma oficial de todos los organismos internacionales y, como lengua extranjera es la más estudiada del mundo. A parte de ser la lengua de Shakespeare, es el idioma de la ciencia y la tecnología. Más del 60% de los programas de radio y el 70% del correo mundial están en inglés. Es el idioma de la aviación, de la OTAN, de los deportes, de la música pop, del jazz, de la informática, del mundo de los negocios y de la economía.
- (5) Martín-Gamero, Sofía, *La enseñanza del Inglés en España (desde la Edad Media hasta el siglo XIX)*, Madrid: Editorial Gredos (Biblioteca Románica Hispánica), 1961.
- (6) Traducciones recopiladas del archivo particular de don Julio César Santoyo para mi memoria de licenciatura, leída en 1985 con el título de *Traducciones científico-técnicas. Estudio comparativo de traducciones de minería inglés-español*.
- (7). Existen otros dos libros de Benjamín Bell: *Tratado de Ble-norrhagia y de la Lue Venérea y Sistema de Cirugía* de 1793 y 1798, respectivamente, que fueron vertidos por el mismo traductor, así como la obra de Underwood: *Tratado sobre las úlceras de las piernas, donde se examinan con sinceridad todos los métodos curativos que hasta ahora se han empleado y se cotejan con otro más racional y seguro* (1791), que se vendía bien suelto o unido al texto ya reseñado de *Tratado de las úlceras*, realizada en Madrid en la imprenta de González.
- (8) Santoyo, Julio César, *Bibliografía tentativa de traducciones inglés-español 1577-1800*. Bells, N^o 1. Universidad de Barcelona, 1990. p.161-162.
- (9) *Observaciones acerca de las enfermedades del ejército*, de Pringle, presidente de la Royal Society de Londres. Traducido del inglés al francés y de éste al castellano por Calisteo en 1775. Consta de dos volúmenes.
- (10) Hubo algunas obras que usaron el francés como lengua intermedia.

- (11) Citado por Henri Van Hoof en *Regards sur la traduction non littéraire de la langue français*. *Meta Translator's Journal* XXVII, 1982, p.184